

por Daniel Lara



Karita Mattila fue Madame de Croissy en el Met

Dialogues des Carmélites

Mayo 11. Último estreno de la temporada, la ópera de Francis Poulenc tuvo una reposición que no pasó nada desapercibida en la presente temporada del Met. Al muy destacado resultado final contribuyó de modo decisivo la dirección musical de **Yannick Nézet-Seguin**, quien con total conocimiento del moderno lenguaje musical del compositor francés hizo una lectura fascinante donde resaltó el refinamiento de la música de Poulenc y sus toques impresionistas; y de la que exhibió con mucha sapiencia todo su potencial dramático. Cuidadoso del volumen y atento a las líneas vocales de la partitura, resultó asimismo un importante sostén en la labor de los cantantes.

El elenco supo estar a la altura de las circunstancias. A **Isabel Leonard** se le escuchó vocalmente muy cómoda y convenció como la aristócrata Blanche de la Force, destacando por su emisión segura y su canto delicado. Artista inmensa, **Karita Mattila** encontró en la decisiva parte de la priora Madame de Croissy un papel a la medida de sus actuales medios vocales y del que extrajo, con una enorme fuerza interpretativa, una composición de descomunal intensidad dramática. El modo con el que trabajó cada palabra, cada gesto e incluso cada silencio en su retrato de la agonía de la moribunda priora fue el momento de mayor impacto emocional de la representación.

Como su sucesora al frente del convento, **Adrienne Pieczonka** fue una maternal Madame Lidoine, de voz exacta para el papel y perfectamente en sintonía con las necesidades expresivas de la nueva priora. No se quedó atrás **Karen Cargill** quien, con una voz de apreciable calidad, ofreció una óptima Madre Marie. Del resto de las monjas, merece destacarse la sólida hermana Constanza de la efectiva **Erin Morley**.

Excelente en su debut en la casa, **Jean-François Laporte** hizo gala de una voz de bello esmalte y nobles acentos como el Marqués de la Force. Con una voz de gran calidad, homogénea y ágil para alcanzar las notas más agudas, **David Portillo** se lució a más no poder como el Caballero de la Force. En una partitura que le permitió gran lucimiento, el coro de la casa estuvo preparado y solvente.

Estrenada hace más de tres décadas, la minimalista producción de **John Dexter** propuso un espectáculo visual muy logrado siempre al servicio de la trama y muy exacto a la hora de delinear los diferentes perfiles de los personajes que dan vida a la historia. La escena final con las monjas cantando el 'Salve Regina' camino al cadalso resultó visualmente muy poderosa y teatralmente muy efectiva.

La traviata

En la recta final de su temporada 18-19, el Met volvió a apostar por la controvertida producción de *La traviata* verdiana firmada por **Michael Mayer** y que en su estreno, pocos meses atrás, diera mucha tela para cortar. En esta ocasión, la propuesta vocal fue más discreta que en su estreno, salvo por la presencia del indestructible **Plácido Domingo**, quien repitió sobre este mismo escenario una sus mejores caracterizaciones actuales, la parte de Giorgio Germont. Como el padre del enamorado de la protagonista, Domingo dio una vez más muestras de su descomunal presencia escénica, de una línea de canto de enorme intensidad emocional y de su supremo buen gusto, cualidades que hicieron olvidar una voz cuyo color y peso son más propias de un tenor que de un barítono. Con mucho oficio supo sacar el mejor partido de su vocalidad para salir airoso —¿ileso?— en el aria 'Di Provenza, il mar, il suol'. Como era de esperarse, fue quien se hizo acreedor a las ovaciones de la noche.

En lo que concierne a la protagonista, la soprano **Anita Hartig** hizo una labor muy meritoria en lo vocal y muy convincente en lo interpretativo. Si bien logró salir bien parada de las agilidades del primer acto, lo mejor de su composición vendría a partir del segundo acto, con un canto de bellísimo *legato*, homogéneo y de refinados acentos. Asimismo, a medida que la ópera fue avanzando, supo dotar a su canto de intensidad y toques dramáticos que resultaron muy eficaces y de gran efecto a la hora de afrontar el aria 'Addio del passato' y cincelar de dramatismo los momentos finales de la protagonista.

A pesar de poseer una voz ideal para la parte, **Stephen Costello** compuso un Alfredo Germont muy discreto. La voz resultó atractiva, bien conducida y segura, pero carente de emoción, avara de detalles y poco refinada. Su implicación escénica fue poco más que inexistente y hubo que hacer grandes esfuerzos para creerle lo que estaba cantando.

Los personajes secundarios fueron servidos de modo olvidable por elementos locales, de los que sólo logró salvarse el Barón Douphol del siempre solvente **Dwayne Croft**. A la espera de la vacaciones, al coro del Met se le oyó correcto pero mucho menos motivado que en otras ocasiones. Desde el foso, **Nicola Luisotti** hizo una lectura magistral de la partitura verdiana que contribuyó a elevar el nivel de la representación y que sostuvo con eficacia la labor de los cantantes.

A mitad de camino entre Broadway y Disney, la superficial y multicolor producción escénica de Mayer, aun con sus licencias creativas, no se apartó demasiado de la trama original, ofreciendo un espectáculo de líneas tradicionales que con sus más y sus menos permitió que el espectador llegase al final de la ópera sin demasiados sobresaltos. Ante la pobreza de las marcaciones escénicas, los solistas vocales debieron poner mucho de sí mismos para hacer creíbles las situaciones que representaron y sacar adelante un espectáculo en este aspecto muy mediocre.



Anita Hartig (Violetta) y Plácido Domingo (Germont)



Christine Goerke
(Brünnhilde)



Eva-Maria Westbroek (Sieglinde) y Stuart Skelton (Siegmund)



◀ Stefan Vinke
(Siegfried)

Der Ring des Nibelungen

Mayo 6, 7, 9 y 11. Ausente de la casa desde hace varios años, el Met volvió a presentar el ciclo completo de la tetralogía wagneriana en la producción firmada por **Robert Lepage** y un plantel de cantantes que destacó tanto por su uniformidad como por su solvencia general. De esta nueva propuesta vocal, sobresalió la Brünnhilde de **Christine Goerke** quien, con una voz brillante, fresca y generosa y asistida por una depurada técnica, exhibió una sorprendente facilidad para alcanzar las notas agudas, así como para ofrecer medias voces de cuidada y rica hechura. Su vigoroso temperamento dramático fue de gran ayuda para brindar una composición muy realista de los diversos rasgos de su personaje.

Brilló a más no poder **Tomasz Konieczny** quien con una voz magníficamente timbrada, homogénea y extensa dio vida a un nibelungo Alberich sin mácula y de gran empatía con el público. Otro gran acierto resultó convocar a **Michael Volle** como Wotan, personaje al que el bajo-barítono alemán dotó de unos importantes y resistentes medios vocales, gran autoridad en su caracterización, y un canto profundo, emotivo y de nobles acentos.

La pareja de incestuosos hermanos walsungos fue muy celebrada: **Stuart Skelton** (Siegmund) ofreció una voz opulenta, bien proyectada y de tintes heroicos al momento de invocar a su padre para hacerse de la espada, y brindó un canto apasionado y pleno de matices a la hora de confesar su amor a Sieglinde, una muy femenina **Eva-Maria Westbroek**, comodísima en la parte, de voz generosa, sensible y de interesantes toques dramáticos. **Stefan Vinke** retrató un adolescente Siegfried exultante de testosterona, que convenció en la forja de la espada y emocionó en su primer encuentro con Brünnhilde. En *Götterdämmerung*, las exigencias de la parte lo pusieron más de una vez contra las cuerdas y resultó mucho menos efectivo.

Del grupo de dioses, con un timbre aterciopelado, **Jamie Barton** delineó una Fricka más lírica que dramática, y más seductora que autoritaria; **Wendy Bryn Harmer** fue una Freia vocalmente adecuadísima y **Karen Cargill** una muy sólida Erda. Un festín para los oídos dio el debutante **Norbert Ernst** personificando un Loge de antología, vocalmente impecable y expresivo. Ya sea como el amenazante Hunding o como el gigante Fasolt, **Gunther Groissböck** hizo gala de graves profundos y sonoros, así como de una notable ductilidad como intérprete, a la cual

fue difícil no caer rendido. Por su parte, **Dmitry Belosselskiy** supo ser un idóneo gigante Fafner de voz firme y potente.

Referente indiscutible del personaje de Mime, **Gerhard Siegel** demostró que la parte del calculador nibelungo no le depara ningún secreto, y supo a

través de su muy lograda prestación concentrar toda la atención en cada una de sus intervenciones. Con canto del bueno, mucha intencionalidad en el decir y gran entrega escénica, **Edith Haller** (Gutrune) y **Evgeny Nikitin** (Gunther) fueron un lujo desmedido como los intrigantes hermanos Gibichungos. Completando el elenco, tanto **Eric Owens** como **Michaela Schuster** convencieron apenas con lo justo como el malévolo Hagen y la walkiria Waltraute. El primero no pareció sentirse cómodo en la tesitura de su parte y la segunda impuso tanta melancolía a su canto que terminó por desdibujarlo.

Triunfador absoluto del ciclo, el director de orquesta **Philippe Jordan** hizo gala de conocer a la perfección la partitura wagneriana y brindó una lectura dinámica, plena de energía y contrastes orquestales, prestando particular atención a que la tensión dramática no decayese en ningún momento. Vista en su conjunto, no puede decirse que la producción de Lepage no resulte interesante, sobre todo gracias a la parafernalia tecnológica a la que el director de escena canadiense echa mano, pero sí que es irregular y poco profunda. Sólo *Die Walkure* y *Siegfried* resultaron más dinámicas y equilibradas; y donde la orquesta y escena se nutrieron una de la otra. Salvo por el ascenso de los dioses al Walhalla en *Das Rheingold*, pasa poco y nada; y lo mismo corresponde *Götterdämmerung*, donde la destrucción de la morada de los dioses y el nacimiento del nuevo mundo resultó de una absoluta pobreza de ideas. Un hecho positivo fue que “la máquina” —la estructura de tablas móviles que modifica la escena según los requerimientos de la trama— estuvo mejor aceiteada y no taladró los nervios del público con sus incansables chillidos como en ocasiones anteriores. ●